

“La señá ama” de Benavente

Una obra que, sin dejar de ser buena, no aumenta la gloria de su autor

La nueva obra de Benavente, estrenada anoche en el Urquiza, no es de las que consagran un nombre. Bien escrita, bien delineada, carece, sin embargo, de emoción. Es, si se quiere, una comedia perfecta, pero huérfana de interés, de movimiento, de sentido, de vida real. El insigne autor, que gusta de refrescar y fortalecer su espíritu en todas las fuentes de inspiración sana y fecunda, estudia en «La señá ama» un aspecto de la vida regional española, y, en ella, un aspecto general de la misma vida española. Un símbolo de la eterna lucha de intereses y de afectos de la ibérica familia encarnado en las rencillas, chismes y decires de una pequeña población lugareña. Admirablemente estudiado el ambiente, admirablemente estudiadas algunas figuras y algunos caracteres, y admirablemente volcada sobre la escena la manera de sentir y de pensar de toda esa pobre gente de aldea, que no siente ni piensa, después de todo, más que como sienten y piensan los grandes núcleos de población, la obra se resiente, empero, de falta de teatralidad. Y no por lo que á los efectos buscados añade, indignos de un autor que se estime, y estime, por lo tanto, su arte, sino por lo que prende en el espíritu del público el asunto de la obra, y le sugestiona, y le obliga á seguir hasta el desenlace las peripecias y accidentes de la misma. Benavente, que es maestro en ese sentido, como lo es en el de hácer de las más triviales cosas creaciones geniales — «Los intereses creados», por ejemplo — en «La señá ama» incurre en el delito de monotonía. Monótonos son los dos primeros actos de la comedia, destinados á esbozar el medio ambiente en que se mueven los personajes, que en ella intervienen y á precisar los perfiles de la protagonista, figura rara, original, in-

verosímil en sus quererres, en quien el amor propio de estar unida á un hombre que arrastra tras de sí á todas las mujeres del lugar, puede más que el amor hondo que aquél le inspira... Y monótono también el tercer acto. A los diálogos les falta el nervio y la destreza que abunda en casi todas las obras de Benavente, y á las escenas la agilidad que lleva al espectador de una sensación á otra sensación sin percatarse de ello. Y así, medida en ondas lentas de monótono ritmo, la comedia empieza y concluye entre disputas y accidentes desprovistos de novedad, que dejan en el espíritu del oyente una impresión de vaciedad enorme... Ni las escenas dramáticas del último acto, que no tienen por base cimientos de lógica, pero que revelan mayor movimiento que las anteriores, logra evitar la impresión aquella. Se descubre fácilmente el artificio para que emocionen. Y cae el telón sin que se pueda decir que detrás de él haya ocurrido algo, algo humano, algo real, algo arrancado á la vida misma. Sin embargo, algo hay en la obra que perdura: los chispazos de ingenio que aquí y allá, á largos trechos, ha dejado caer el autor, — las vibraciones aceradas y punzantes que de su espíritu ha trasmitido á algunas de las creaciones de fantasía, y, por fin, los esplendores de su cerebro fuerte, que en lo trascendental, como en lo efímero, se trasluce siempre y siempre domina y encanta. También quedará un recuerdo de la representación de anoche: la labor fina y exquisita de la Pino, que encarnó con talento la extraña figura de la «Señá ama», y la del actor Thuillier, que en lo poco que dá de sí el papel de Feliciano, reveló su robusta textura de actor de conciencia.